

Editorial

Con el presente número se cumplen doce años desde la inauguración de *Antesteria*. Si algo ha quedado demostrado en ese tiempo es el potencial que los jóvenes investigadores tienen -tenemos- en el diálogo científico y en la exploración y el desarrollo de nuevas ideas y enfoques, pero también en la perpetuación de tradiciones historiográficas consolidadas en el panorama español y, cada vez en mayor medida, internacional. Prueba de ello es que muchos de los autores de los pasados números de la revista son hoy investigadores plenamente consolidados, con un amplio recorrido internacional y convertidos ya en referencia obligada en sus respectivos campos. A los doce años de nuestra revista se unen las veintitrés ediciones del Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Antigua (en adelante EJIHA) de la Universidad Complutense de Madrid. Tales eventos se han visto en el último lustro inundados por el abundante número de propuestas enviadas y han superado el alcance internacional de sus ediciones predecesoras, con el añadido de la participación de profesores universitarios nacionales e internacionales de reconocida trayectoria y reputación que han presentado innovadores enfoques -algunos de los cuales incluso participaron en algunos de los primeros EJIHA-.

En la última década ha crecido en España el número de encuentros y asociaciones de jóvenes investigadores en Historia en general y en el mundo antiguo en particular, lo cual ilustra la necesidad de las nuevas generaciones de académicos de intercambiar ideas y establecer redes de contactos. Pero también muestra el imperativo de formarse, de conocer qué se hace, cómo y dónde. Cada edición de los EJIHA ha buscado precisamente dar visibilidad no sólo a los proyectos individuales de los doctorandos y estudiantes que participan en ellos, sino también a las líneas de investigación que se potencian en cada departamento o grupo de investigación español y extranjero. Con ello se ha esperado poner de relieve el hecho de que la academia y, por extensión, la generación de conocimiento nuevo son una actividad social por derecho propio, a pesar de las solitarias tareas de lectura y redacción. La investigación requiere el contraste, la consonancia, la resonancia y la disonancia con otros investigadores para pulirse, necesita la reflexión pausada, la escritura y la reescritura. Solo así cada investigador puede desarrollar una perspectiva sólida, fundada, meditada y ecuaníme. Esto contrasta con el tiempo acelerado que nos ha tocado vivir, que en el mundo académico se traduce en la filosofía del “publica o perece”, resultado de la aplicación de los criterios de productividad de las grandes corporaciones empresariales para medir el impacto y la calidad de los resultados de las investigaciones. Pero ese sistema también está influido por la forma de publicar de las ciencias naturales, a pesar de que difieren categóricamente de la forma en que las ciencias humanas y sociales explican e indagan sobre la realidad.

Antesteria surgió con el objetivo de dar visibilidad a las investigaciones presentadas en los EJIHA. Pero el devenir del sistema académico nacional ha hecho que esa realidad se haya visto obligada a cambiar. Las dinámicas de publicación mencionadas y la emergencia de otros espacios de encuentro científico han hecho que los investigadores noveles tengan amplias opciones de publicación, y que publicar sea ahora una expectativa que se vaya tomando en obligación a niveles cada vez más tempranos. Baste mencionar que es raro encontrar una convocatoria de contratos predoctorales que no contemple un listado de publicaciones en el currículum del solicitante; por ejemplo, la convocatoria de contratos FPU de 2024 ya contempla los artículos por cuartiles como mérito. En ese sentido, revistas no enfocadas en jóvenes investigadores pueden ser más deseables para quienes aspiren a establecerse en el mundo académico, especialmente cuando muchas de ellas están abiertas a publicar investigaciones de no doctores. Esta situación ha ido conduciendo a *Antesteria* a una encrucijada: ¿debe convertirse en una revista con un formato y una estructura similar a la de otras revistas de investigadores avezados? ¿O, por el contrario, debe adoptar un tono más humilde y centrarse en un público nobel, como los estudiantes de máster o recientes egresados? Ambas cuestiones están planteadas como una falsa dicotomía, y aplicar cualquiera de ellas implicaría entrar en el juego del publica o perece, bien sea por imitación de revistas de cuartiles elevados o por separación de revistas destinadas a alumnos jóvenes. También implica aplicar jerarquías en el conocimiento que no se corresponden con la realidad que *Antesteria* lleva

experimentando en sus últimos números. Tenemos casos en los que revisores extranjeros han manifestado abiertamente que los artículos evaluados podrían publicarse en revistas ampliamente conocidas de primer cuartil. Sin embargo, no creemos que los cuartiles sean una forma adecuada de medir la calidad de los resultados de investigación. A menudo se recurre a alternativas como el número de citas, pero también pueden ser un elemento engañoso bien sea por excesivos recursos a la falacia de la autoridad o por prejuicios hacia lo que se consideran “jóvenes investigadores”. La excesiva proliferación de publicaciones, que obliga a los investigadores a filtrar de antemano qué deberían o no deben leer va a menudo de la mano del prejuicio hacia trabajos escritos por “jóvenes investigadores”, lo que inevitablemente influye en si un trabajo es o no citado independientemente de su calidad.

Nuestros años al frente de *Antesteria* y de los EJIHA nos han llevado a convencernos de que la investigación académica debe ser lenta. Creemos que el período del doctorado es crucial para entender esto, pues habitualmente es cuando se consolida la forma de entender el trabajo intelectual y los procesos de estructuración, crítica y refinamiento de los argumentos de cada investigador. Es necesario entender cómo y desde qué enfoques se ha construido el círculo hermenéutico en torno al objeto de nuestras investigaciones, y eso requiere un profundo conocimiento de las fuentes, de la crítica de la literatura más relevante y de las teorías que permiten problematizar el conocimiento de la realidad investigada. Esto es un proceso arduo, abrumador y a veces inabarcable hasta el punto de que se puede correr el riesgo de perpetuarlo *ad infinitum*. Pero, ante todo, pone de relieve que el rigor, la exhaustividad, la calidad requieren de la pausa, la concentración y el sosiego. En su *Ars poetica* (386-390), Horacio ya recomendaba esperar nueve años desde la escritura del manuscrito hasta su publicación, ya que lo que se publica no puede retirarse (*nescit vox missa reverti*). Somos conscientes de que Horacio da un tiempo excesivo y que nadie puede disponer de tanto, pero también sabemos que pensar requiere mucho tiempo y de calidad, o más bien una temporalidad particular. Desde la psicología social, Ylijoki y Mäntylä (2003) indagaron acerca de las estructuras temporales que se impusieron con la corporativización sufrida por la universidad a principios de siglo y advirtieron que la necesidad de tiempo es una constante en el mundo académico, y que los investigadores recurren a toda suerte de estrategias para tener más tiempo para sus propias investigaciones (como acabar antes de lo previsto algunos proyectos para contar con tiempo de margen, o “robar” tiempo al pasarse de los plazos). Los autores denominan al tiempo apropiado para investigar “tiempo intemporal” (*timeless time*), aquel que no está sujeto a demandas y presiones externas y en el que el avance del reloj pierde su importancia. En otras palabras, perder la noción del tiempo trabajando, o trascender el tiempo y el yo y enfocarse enteramente en la tarea de investigar. Es en esos términos temporales, según tales autores, en los que se desarrolla la concentración prolongada, y es además percibido como un lujo por los investigadores encuestados, que buscan huir del “tiempo programado” de las reuniones y plazos.

Es significativo que, entre las actividades que los académicos encuestados por Ylijoki y Mäntylä (2003) contemplan dentro de ese tiempo intemporal se incluya también el debate intelectual profundo. Precisamente eso es lo que hemos venido persiguiendo con los EJIHA y a lo que nos hemos referido antes al aludir a la generación de conocimiento como actividad social: la colaboración con los colegas, sean nobeles o con más experiencia, es vital para el avance de nuestras investigaciones y para la puesta por escrito de nuestros resultados de investigación. El éxito académico es indisoluble de la colaboración desinteresada, de la crítica constructiva de los compañeros, de una red de apoyo y retroalimentación. En ese sentido, la mentalidad competitiva del modelo de academia promovido actualmente es un obstáculo. La falta de perspectivas de financiación ha llevado a un incremento de la competición en las solicitudes de contratos, plazas y proyectos, y el mensaje que institucionalmente se transmite al no ser el candidato elegido es que el trabajo realizado no es suficiente. La idea de que los compañeros de hoy serán los rivales de mañana por un contrato o plaza no es el clima más favorable a la colaboración, y el hecho de que en determinadas convocatorias se penalicen las publicaciones colaborativas ilustra una tendencia estructural contraria al pensamiento en común. Necesitamos asumir que más no es necesariamente mejor, que el saber, especialmente en las ciencias sociales y en las humanidades, no puede medirse de forma real, sino en todo caso juzgarse (más o menos mejorable). Y que el fomento de la competición constante supone una amenaza para nuestro trabajo. Recientemente, todas estas ideas han venido siendo defendidas desde el movimiento “slow”, que ha tenido un gran eco en el sector de las humanidades gracias a seminal libro de Berg y Seeber (2022). En él, ambas autoras describen muy bien los riesgos que hemos expresado:

Podemos decir que el énfasis en lo cuantificable, aplicable y rentable pone en riesgo a la comunidad intelectual (enfrentando a individuos, departamentos, claustros y universidades en una competición cada vez más dura) y la diversidad intelectual. Homogeneiza lo que los académicos hacen y amenaza con extinguir ciertas formas de investigación.¹

¹ Berg y Seeber 2022, 102.

Esencialmente, las autoras abogan por una investigación sosegada, alejada de la producción rápida y de la vida acelerada. Con base en estas premisas, y con el ánimo de favorecer la calidad de las investigaciones de los potenciales autores de *Antesteria*, hemos tomado la decisión de convertir la revista en una publicación bianual. Las modificaciones de los artículos requieren tiempo, necesitan de revisiones concienzudas por parte de editores y de revisores, pero también necesitan de la espera. Como Berg y Seeber indican, es necesario “simplemente esperar”, tomar distancia de lo que se escribe y luego retomarlo y darle el tiempo necesario. Hemos querido inaugurar esta nueva etapa de la revista con un cambio en el formato editorial de los artículos y la adopción de un nuevo logo que creemos que pueden ayudar a agilizar la lectura y simplificar las citas y el proceso de edición. No obstante, más allá de la imagen, estamos firmemente convencidos de que la cultura del compañerismo que queremos promover en nuestra revista y en los EJIHA puede ayudar a estimular la apertura a nuevas ideas, así como una temporalidad que repercute en una mejora de la calidad de los trabajos, y prueba de ello son los escasos, pero bien fundamentados artículos del presente número.

Madrid, diciembre de 2024.

Rafael BARROSO ROMERO

Natalia GÓMEZ GARCÍA

Directores de *Antesteria. Debates de Historia Antigua*
(Investigadores predoctorales contratados en el Área de Historia Antigua, UCM)

Bibliografía

- Berg, M. Y Seeber, B. K. (2022). *The slow professor. Desafiando la cultura de la rapidez en la academia*. Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Ylijoki, O.-H. y Mäntylä, H. (2003). Conflicting Time Perspectives in Academic Work. *Time & Society* 12 (1), 55-78.